



El Espejo Trizado de la Ética Contemporánea. El análisis de Alasdair MacIntyre

Sergio González Rodríguez. Antropólogo y Psicólogo Social. Académico Universidad de Chile y Universidad de Santiago.

Introducción

La posición de Alasdair MacIntyre es drástica y tajante al constatar y referir un quiebre en la tradición académica y la reflexión propositiva sobre moral y ética en los tiempos modernos. Su planteamiento básico nos refiere algo que va más allá de una trizadura epistemológica en estos campos disciplinares: "Poseemos, en efecto, simulacros de moral, continuamos usando muchas de las expresiones-clave. Pero hemos perdido -en gran parte, si no enteramente- nuestra comprensión, tanto teórica como práctica, de la moral" (1). Es un planteamiento escatológico y de constataciones de alta sugerencia: Nuestro mundo moderno ha perdido el rumbo, el lenguaje de la moral se encuentra en estado de desorden y confusión. No se trata de una apología del caos sino de reconocer el extravío de la carta de navegación de Occidente.

Los debates contemporáneos estarían contaminados por la capacidad de sobrerazonamiento sobre las mismas temáticas, lo cual los hace interminables, y no se alcanzarían acuerdos morales en una cultura caracterizada por la diversidad. Los escenarios actuales son los del desacuerdo y la pluralidad.

La inconmensurabilidad conceptual de las argumentaciones contrapuestas y la circularidad de las premisas ayudaría a un estado del arte que se acompaña de segmentación social y fragmentación cultural. Además las premisas se conciben como eminentemente racionales e impersonales, es decir, respondiendo a reglas objetivas con la aspiración de abarcar íntegramente las cualidades de la racionalidad para cada nivel argumental. El pluralismo moral que se sustenta en los diversos desarrollos culturales ha arribado a las playas contemporáneas como un signo de los tiempos, de lo que se ha dado en llamar, la posmodernidad.

Estas características del pensamiento moral están parceladas en compartimentos estancos que vuelven los discursos fragmentarios y aislados. Se visualiza en estos hechos un fuerte y radical cambio de situación, ya que con anterioridad, "los diferentes conceptos que informan nuestro discurso moral originariamente estaban integrados en totalidades de teoría y práctica más amplias, donde tenían un papel y una función suministrados por contextos de los que ahora han sido privados" (2). Este aspecto parece fundamental, los discursos éticos habrían corrido la suerte de quedar como textos sin contextos, en situaciones de autoreferencia, de aislamiento epistemológico. La descontextualización sería un mal que determinaría la atomización y la pérdida de hilos conductores comunes para el análisis, la reflexión y el debate contemporáneo.

Esta constatación se vería agravada por el hecho que gran parte de los conceptos que utilizamos han cambiado su carácter y significado, lo cual realimentaría el desorden. Entre las causas que han reforzado esta situación se encontraría el carácter ahistórico con que los filósofos contemporáneos han tratado la filosofía moral. Los autores son abstraídos del medio cultural en que hicieron su producción intelectual y sus discursos serían incorporados como parte de una narración inmanente. En este sentido MacIntyre visualiza el error de distinguir en una división académica rígida disciplinas como la historia y la filosofía y, en ésta, su capítulo fundamental sobre el discurso



moral. Esta situación que se corresponde con la tradición académica reforzaría el efecto de aislamiento que permitiría una producción filosófica alejada del análisis de los hechos concretos y sus consecuencias.

La tendencia es al desarrollo de diferentes discursos éticos en correspondencia con las identidades culturales que ocupan el escenario de la modernidad / posmodernidad rompiendo la hegemonía del yo y fundando "la construcción ética desde el nosotros". Esta pluralidad de concepciones, conviviendo de manera paralela, en comunidades de "amigos morales" daría origen a las "Éticas Comunitarias". Situación que sugiere de inmediato asumir la problemática de los mínimos morales, es decir, los principios que obligan a todos por igual, con independencia de esta heterogeneidad estructural, para, de este modo, asegurar la convivencia de los "extraños morales" y permitir un clima de respetos mutuos (3).

El Emotivismo: Doctrina de estos Tiempos

Para MacIntyre, la época actual se caracteriza por lo que denomina "emocionalismo" o "emotivismo". Doctrina en que se explican los juicios de valor, y por tanto los juicios morales, como expresión de sentimientos y actitudes, en la medida que poseen una carga valorativa o moral.

La interpretación de este planteamiento "consiste en la convicción de que las diferentes elecciones morales carecen de todo fundamento que no sea algún tipo de emoción. Ello determina la imposibilidad de dar razón de dichas elecciones, por cuanto éstas -careciendo de fundamento racional- serían, de hecho, injustificables por arbitrarias. Consecuentemente el debate sobre temas éticos no podría jamás llegar a conclusiones definitivas y sería, por lo tanto, estéril" (4). En esta concluyente afirmación interpretativa se reúne de manera sintética el planteamiento del autor, que nos deja con este cuestionamiento en un callejón sin salida, porque al ser los juicios morales expresiones de sentimientos o actitudes, no son verdaderos ni falsos, ni validos o inválidos de por sí. Puede ser el comienzo de una nueva trama social y ética que nos arroja a una suerte de permanente y pequeño (o no tan pequeño) drama.

En línea de continuidad a este planteamiento es pertinente comentar, además, que en la subjetividad humana la emoción y el sentimiento son las claves más básicas del comportamiento, ya que, la emoción se define por su carácter reactivo, de no elaboración cognitiva, de respuesta primaria en la interacción con el medio natural y social. La emoción siempre es a priori, su elaboración se alcanza en el sentimiento como expresión estable de la afectividad. Este sub-texto debe ser considerado al referir y denominar esta doctrina -aunque sea en el nivel de metáfora como está concebida-, ya sea en sus consecuencias afortunadas o desafortunadas.

A mi parecer, entre sus derivaciones se abonan las condiciones para un rampante subjetivismo en que prácticamente la discusión ética quedaría confinada a construir espacios de sociabilidad, y de este modo, aportar a la necesidad de establecer puentes intersubjetivos que aseguren los mínimos morales de la convivencia y de las relaciones sociales, ya que al pretender el emotivismo dar cuenta de todos los juicios morales y de todo desacuerdo moral, estaríamos en una discusión interminable, quedando a la deriva en la interpretación autoreferente. Así, el imperio de la razón se bate en retirada y ya no aporta la medida, la conmensurabilidad del análisis de lo verdadero y lo verificable. El acuerdo o la opción por un juicio moral no se asegura por ningún método racional, no sería posible su aplicabilidad. "Así, el emotivismo se mantiene en que cada intento, pasado o presente, de proveer de justificación racional a una moral objetiva ha fracasado de hecho"(5). En este sentido, esta corriente deja abonado el terreno para el cultivo en estos tiempos de la hipótesis del relativismo ético.

Podríamos decir que el péndulo en nuestro mundo occidental va en el sentido contrario a su punto de origen en la etapa anterior. De la racionalidad como fundamento universal de las instituciones del saber y del proceder a la conducta legitimada en la subjetividad del individuo y en su *tribu de pertenencia o referencia*. El triunfo del emotivismo residiría en que está anclado en la cultura actual. Para MacIntyre esta corriente responde a un signo negativo de nuestros tiempos, "lo que la moral fue ha desaparecido en amplio grado, y esto marca una degeneración y una grave pérdida cultural" (6).



Viviendo en tiempos del "yo emotivista" cruzamos los mares de la modernidad en un derrotero inevitable, en ella estamos compartamos o no los supuestos y significados que le son propios y, que transitan entre lo global y lo local, lo general y lo particular, como señala Alain Touraine, no tenemos opción. "Todos nosotros estamos embarcados en la modernidad; la cuestión está en saber si lo estamos como remeros de galeras o como viajeros con sus equipajes, impulsados por una esperanza y conscientes también de las inevitables rupturas. Simmel ha hecho del extranjero la figura emblemática de la modernidad; hoy habría que elegir la figura del inmigrante, viajero colmado de recuerdos y proyectos, que se descubre y se construye a sí mismo en el esfuerzo cotidiano por ligar el pasado y el futuro, la herencia cultural y la inserción profesional y social" (7).

Crítica al Proyecto Ético Ilustrado

El intento de prefigurar reglas de comportamiento que no tengan fundamentos teológicos, legales o estéticos, alcanzó un espacio cultural propicio entre el siglo XVII y XVIII, cuando lo moral se convierte en doctrina autónoma. Es en esta época en que el proyecto de justificación racional independiente para la moral llega a ser una temática no de interés exclusivo para pensadores sino que un tema central para la cultura del Norte de Europa.

La ruptura de este proyecto entregaría el trasfondo sobre el cual deben entenderse las dificultades que en estos aspectos mantiene nuestro tiempo y reproducen nuestros pensadores contemporáneos.

Un aspecto crucial es la incompatibilidad de los discursos y sus caracteres excluyentes, que ya hemos apuntado. El pensamiento de Kant, Kierkegaard, Hume, se desencuentran sin línea de continuidad. "De este modo, la validación de cada postura se hace descansar en el fracaso de las otras dos y la suma total de la crítica que cada postura hace de las demás da como resultado el fracaso de todas" (8).

La posibilidad de proveer a la ética de una consistencia racional se esfuma, sin que haya posibilidades de retorno. Entre las razones que se podrían considerar como causantes de esta situación se podrían apuntar argumentos que refieren la incapacidad de crear puentes entre los discursos o simplemente la capacidad de construir razonamientos con maestría incontestable. El autor prefiere no achacar a Kant, Kirkegaard, Diderot, Hume, Smith y sus contemporáneos esta responsabilidad que se entendería sobre características personales o psicológicas, si no más bien, en razones que se corresponden con un esquema de incoherencias que ellos representaban y que refieren desde el principio la posibilidad de fracaso de un proyecto filosófico común.

Se considera que todos ellos partían de ciertas premisas compartidas que presentaban un grado sorprendente de acuerdo en relación a los contenidos y cualidades de los preceptos que constituyen la moral auténtica. Es así, que el matrimonio y la familia eran considerados de manera incuestionables en su validez, por pensadores opuestos como Diderot y Kierkegaard. Las promesas eran tan inviolables para Hume como para Kant. MacIntyre se pregunta ¿de dónde sacaban estas creencias compartidas? Tal vez de su pasado cristiano común en el cual se aminoran las diferencias de las proveniencias luterana, católica y presbiteriana. Existía un acuerdo sobre el carácter de la moral y también en que debía haber una justificación racional de la moral. Sus premisas claves caracterizarían algún rasgo o varios rasgos de la naturaleza humana. Para Diderot y Hume los aspectos distintivos de la naturaleza humana estarían en las pasiones; en cambio para Kant, este rasgo distintivo estaría en el carácter universal y categórico de ciertas reglas de la razón (esta generalización expresada en un sentido metafórico, ya que Kant no acepta que la moral esté basada en la naturaleza humana). Por su parte Kierkegaard invoca como aspecto distintivo la toma de decisión fundamental producto de la voluntad humana.

Para MacIntyre cualquier proyecto de este tipo va camino al desfiladero debido a la discrepancia irreconciliable en las concepciones de las reglas y preceptos morales que no eran compartidas, no obstante, que si coincidían -a pesar de las grandes diferencias- en una idea central sobre la consideración de la naturaleza humana. Ambas concepciones tienen una historia y su relación sólo puede comprenderse a la luz de esa historia.



El tránsito planteado en el esquema aristotélico teleológico considera el contraste entre el "hombre-tal-como-es" y "el-hombre-tal-como-podría-ser-si-realizara-su-naturaleza-esencial". La ética se puede entender como la disciplina que ayuda a las personas a ser capaces de entender cómo realizar la transición del primer estado al segundo.

En estos supuestos el esquema moral que cruza el trasfondo histórico de las propuestas tenía como condición tres componentes: naturaleza humana ineducada, hombre-como-podría-ser-si-realizara-su-telos y los preceptos morales que le permitían pasar de un estado a otro. Estos elementos se ven contestados por el pensamiento laico que rechaza las teologías protestante y católica, y por el rechazo científico y filosófico del planteamiento aristotélico que iba a eliminar cualquier noción del hombre-como-podría-ser-si-realizara-su-telos. No obstante que toda ética, teórica y práctica, consiste en dar cuenta de las condiciones para pasar del estadio presente al de un verdadero fin, el eliminar cualquier noción de naturaleza humana esencial, y con ello el abandono de cualquier noción de telos, deja como residuo un esquema moral compuesto por dos elementos remanentes, cuya relación se vuelve completamente oscura. Por una parte, un conjunto de mandatos morales privados de su contexto teleológico. Y por otra parte, cierta visión de una naturaleza humana ineducada, tal-como-es, en estado primario y prístino.

Mientras los mandatos morales se situaban en un esquema cuyo propósito era corregir, mejorar educando la naturaleza humana, claramente no podrían ser deducidos de juicios verdaderos acerca de la naturaleza humana o justificados de cualquier otra forma apelando a sus características. De este modo, los mandatos de la moral son tales, que la naturaleza humana así entendida tiene fuerte tendencia a desobedecer. "De aquí que los filósofos morales del siglo XVIII se enzarzaran en lo que era un proyecto destinado inevitablemente al fracaso, por esta razón intentaron encontrar una base racional para sus creencias morales en un modo particular de entender la naturaleza humana, dado que, por una parte, eran herederos de un conjunto de mandatos morales, y por otra, heredaban un concepto de naturaleza humana, lo uno y lo otro expresamente diseñados para que discrepasen entre sí" (9).

En opinión del filósofo escocés, estos autores heredaban fragmentos incoherentes, por lo tanto, alcanzar congruencia en el proyecto ilustrado era una ilusión quijotesca e inalcanzable. En su análisis se explicita la imposibilidad de desarrollo del proyecto que nacería abortado por sus contradicciones intrínsecas.

La Historia de un Naufragio Anunciado

La discontinuidad histórica que marca la imposibilidad de entregar a la moral y la ética una validación racional deja a nuestra cultura sin una ética que pueda ser compartida, generalizable. En esta situación, en que la religión ha sido desplazada por la secularización de los discursos de la acción, asistimos a la indefensión del discurso públicamente sostenido y sostenible. Así nos quedamos en medio de un desierto donde antes florecían las instalaciones discursivas sobre la base de dos edificaciones teóricas consistentes y concluyentes.

Una visión aristotélica, que nos acompañó hasta estadios recientes, en que la vida verdadera, la "vida buena", nos daba la posibilidad de articular una visión coherente gracias a que la vida tiene un sentido, finalidades o telos que caracterizarían el devenir humano. Un sentido para lo humano que no se agotaba en sí mismo y que permite que tengan respuestas las preguntas sobre los fines.

Y con la ilustración aparece Kant aportando una visión en que los fundamentos interpretativos deben anclarse en la racionalidad de sus fundamentos. La razón es el baremo que permite discernir el contenido moral y el acierto ético. Con Kant no hay lugar a dudas, ni a discernimiento en base a nuestras creencias o deseos, la expresión auténtica de la ley moral es de carácter imperativo categórico. Se convierte en una obligación que no depende de interpretaciones, simplemente nos obliga.

Desde el punto de vista de MacIntyre, gran parte del problema está en que los diferentes proyectos morales dominantes se fundan y desarrollan de manera excluyente y en base a una negación recíproca. Al irrumpir la modernidad se intenta arrasar con todos los preceptos de la metafísica aristotélica, para de este modo, instaurar el



imperio de la razón, cambiando este argumento de contenido universal por el de *un/te/os* supuestamente, también general, para toda la humanidad.

Pudo haber existido un esfuerzo de síntesis, a pesar de las subnegaciones, que hubieran permitido salvar del fracaso a las normas y principios kantianos si se les hubiera dado un "nicho contextual" en que las finalidades o los principios teleológicos hubieran aportado inteligibilidad.

El planteamiento aristotélico nos refiere un telos natural, casi biológico, que aporta respuestas a las preguntas trascendentes de cualquier ser humano sobre las finalidades de la existencia. "Para Aristóteles la virtud, sería tributaria de la "vida buena", vale decir, la vida guiada por la *phrónesis*, prudencia o sabiduría práctica que trae consigo la felicidad" (10). La excelencia en el desarrollo de cualquier actividad humana es sinónimo de virtud, como decía Borges: *hacer las cosas bien por el inmenso placer de haber actuado bien*.

Por mi parte, insistiría en esta cualidad que retira "angustias", al proporcionar sentido y unidad a la vida humana, permitiendo que el *sí mismo* se encuentre a recaudo de las múltiples incertidumbres que origina la superposición de prácticas inconexas a que nos somete la modernidad.

Los inconvenientes de la ética y la moral modernas surgen como consecuencia del fracaso del proyecto ilustrado. El individuo, fuera de la teleología, se autoconcibe y es tratado por gran parte de los filósofos morales como soberano en su autoridad moral. Además, las reglas deben ahora encontrar un nuevo sentido que las comprenda racionalmente, para no quedar al arbitrio del deseo y de la exclusiva voluntad individual.

Difícil disyuntiva en que las narraciones totales e integradoras ceden su lugar a *los restos del naufragio* de los proyectos éticos que vivieron anulándose sin intentar síntesis paradigmáticas que legitimaran sus desarrollos. No obstante, que MacIntyre culpa de gran parte de esta situación a la descontextualización histórica del trabajo filosófico emprendido en la modernidad, habría que señalar que la historia de la modernidad también en sus contenidos objetivos y en los hechos específicos de Occidente ha tenido discontinuidad y fragmentación. Esta es una realidad que marca en sus fases últimas a esta etapa que Touraine llama de *demodernización* y que consiste básicamente en una nueva digitalización entre lo global y lo local, entre lo instrumental y lo simbólico, todo lo cual supone una *desocialización* en lo general y una socialización en lo específico y particular.

Estos parecen ser signos de estos tiempos. Las respuestas no pueden escapar a reconocer estas consideraciones que actúan determinando los contenidos de las preguntas de siempre. Las constataciones de MacIntyre parecen premonitorias o reveladoras de una realidad que aunque puede ser descrita como angustiante se objetiva en sus propias constataciones.

Notas Bibliográficas

Escríbar, Ana. Apuntes de clases asignatura Ética. Curso de Doctorado en Psicología. Escuela de Psicología. U. de Chile.

Escríbar, Ana. "Raíces de la Bioética en la Tradición Ético - Filosófica Occidental y Actuales Desafíos". Anales de la Universidad de Chile. En prensa. pág.3.

MacIntyre, Alasdair. "Tras la Virtud". Ed. Crítica. 1987. Barcelona. pág.15.

Touraine, Alain. "Crítica a la Modernidad". Fondo de Cultura Económica. Bs. Aires. 1995. págs.201-202.